

y reclama nuestra atención: «Decido que hoy sea jueves, finales de octubre»; «Como este relato se escribe en Cuba, la lluvia cae con furia». Y esa lluvia acota los espacios, recluye, como lo hace la oscuridad, a unos pobladores que, al cabo, han de someterse a los designios de la Isla, imploran a Dios y, como en un teatrillo de sombras chinescas, son articulados a placer por el narrador, que invoca, en lo literario, su manifiesta calidad omnisciente, aunque, huidizo, busque su máscara de piloto en otras voces.

Estévez utiliza distintas homologaciones simbólicas de la Isla para interpretar lo cubano, lo caribeño que acaba constituyendo una *imago mundi*. La disposición y textura de sus espacios recuerda un templo, donde se alternan el alejamiento de la objetividad, la duda, los hábitos y las evocaciones. Organizar con ceremonia ese territorio religioso supone la reiteración de la tarea ejemplar de la divinidad, esto es, actualizar la cosmogonía y penetrar en el tiempo mítico: «Una de las virtudes de la literatura es quizá que con ella se pueda abolir el tiempo, o mejor, darle otro sentido, confundir los tres tiempos conocidos en un cuarto que los abarque a todos y provoque lo que podría llamarse simultaneidad». Y según esa regla, domina en la obra un tiempo singular, recuperable pero nunca histórico, quizá el tiempo de la infancia,

ajeno a la idea de aniquilación, propicio a la fantasmagoría y la promesa eterna. El autor, consciente de esa ambigüedad temporal de su/literatura, insiste en proponer opciones para desentrañarla (la búsqueda proustiana, el tiempo condensado de los sueños, los ciclos de la naturaleza), postulando en esta y otras cuestiones una intensa cooperación interpretativa del lector, a quien convida a un juego textual que favorece su particular elaboración de significaciones distintas sobre el mismo fondo de la novela.

La constante referencia libresca en el curso de *Tuyo es el reino* confirma la noción de ambigüedad y capricho que altera toda observación de lo real, cuyas coordenadas dependen de una experiencia privada. Y ésta, en el caso de Estévez, debe mucho a la indagación religiosa y a la ficción literaria que, como se advierte, tan beneficiosamente ha sabido explorar.

Materia dispuesta, Juan Villoro, Alaguara, México, 1997, 311 pp.

En un libro anterior, *El disparo de argón*, Juan Villoro (México D. F., 1956) exploraba la atmósfera del Distrito Federal mediante la evocación simbólica de un barrio imaginario, San Lorenzo, completando así lo que él ha definido

como una novela sobre la mirada. *Materia dispuesta* regresa al mismo territorio, si bien con una propuesta diferente. Esta vez la ciudad es un vasto campo de estados intermedios, mudable, sin perfiles claramente definidos y surcado por fronteras que acaban por resultar nebulosas. El protagonista, Mauricio Guardiola, vive su niñez en una colonia ficticia, Terminal Progreso, situada en las afueras de la ciudad. La cercanía de los canales de Xochimilco propone una doble indefinición del lugar, a medio camino entre lo urbano y lo silvestre, entre el pasado azteca y el progreso industrial de la modernidad. Como un símbolo vivo de la indeterminación del sitio, los ajolotes que allá pesca Mauricio viven en un perpetuo estado larval. Y el niño, a imagen del ajolote, asistirá a los acontecimientos que suceden a su alrededor sin rebasar del todo la adolescencia, sin abandonar ese lastre de la infancia. El padre, un arquitecto corrupto, colecciona sus amores clandestinos con la complicidad del pequeño, cuya educación erótica empieza por la mirada, observando los vaivenes pasionales de su progenitor. Esa figura del padre también posee una escasa definición, pues renuncia primero a su autoridad de patriarca, ganado por los amoríos ilícitos, y luego, con obsesión de converso, se empeña en exaltar lo vernáculo, asistiendo a celebraciones charras o resca-

tando los valores nacionales en sus diseños, como si en ello le fuera la identidad. Figuras ambivalentes como él son las otras que pueblan el relato, afectadas siempre por un curioso mal de tierra, en una ciudad que se descompone al tiempo que extiende su contorno. Incluso en la persona del narrador se maneja tal impresión, pues el yo confesional, de forma paulatina, cede su lugar a la tercera persona a partir del capítulo cuarto, donde nos es revelada, una vez más, la simbólica maleabilidad del protagonista: «me esforzaba por ser otra persona, sabiendo que el proceso no dependía enteramente de mí».

Con un título bien significativo, *Materia dispuesta* ofrece una reflexión llena de ironía sobre lo dificultoso de fijar atributos estables de autodefinición. De su lectura se deduce que la mexicanidad es una categoría abierta y su percepción, subjetiva, a diferencia de lo sostenido desde el fervor castizo. Ciertamente que el yo (Mauricio) se inserta en una comunidad (la metrópoli), pero lo hace a través de relaciones de tránsito que, en su variable complejidad, van prolongándose en el tiempo, y no por vínculos discriminadores, cristalizados. Al cabo, esto es el azar: en la inteligente novela de Villoro, un terremoto, inversión del orden, puede inaugurar un nuevo sistema urbano y, cosa notable, despejar la perspectiva del protagonista.